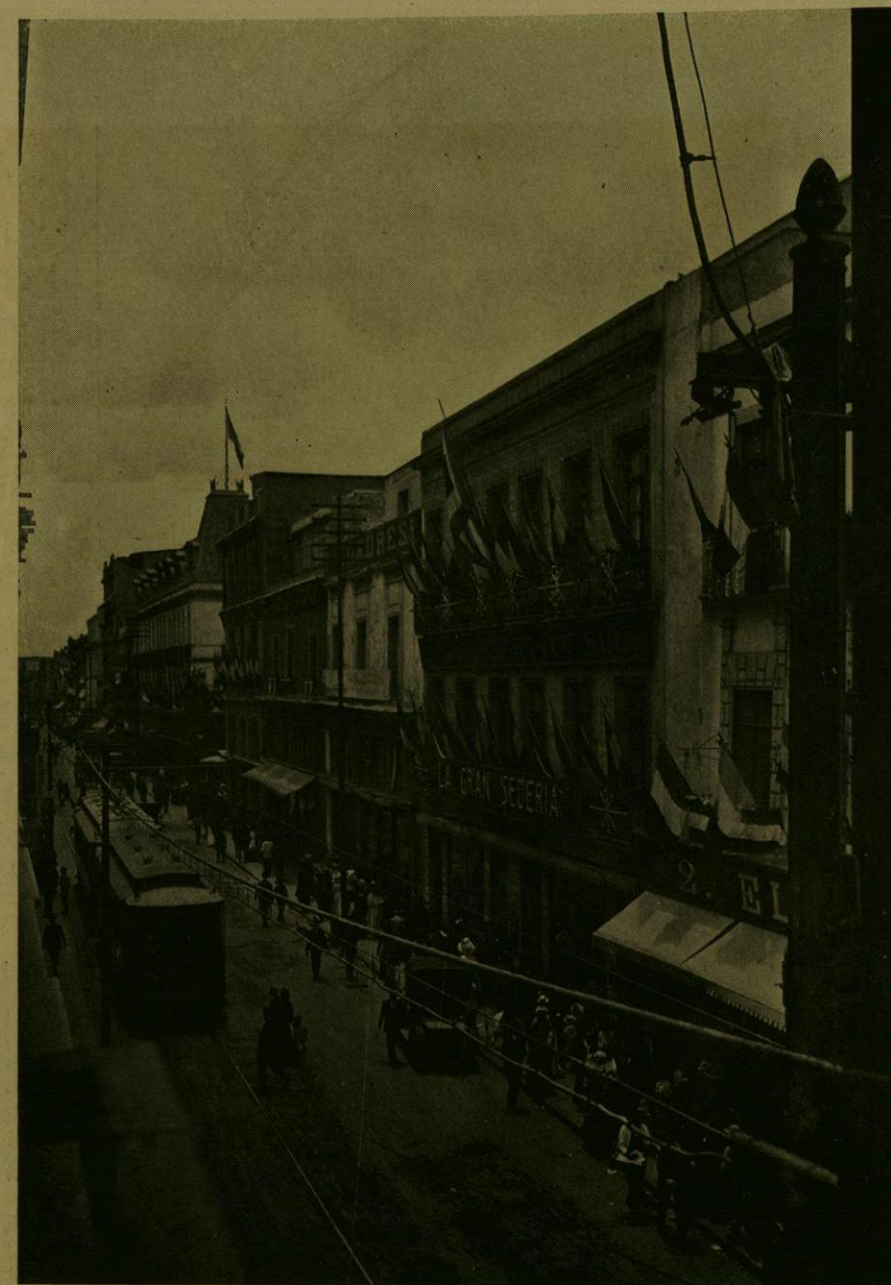


EDIFICIO DE «LA VALENCIANA»

Las banderas de todas las naciones se izaban en los edificios y se tendían a lo largo de los balcones, ostentándose abullonadas ó flotantes y cruzándose en una hermosa confraternidad; entrelazados sus colores, juntábanse el escudo español, las estrellas norteamericanas, el sol argentino, el crisantemo nipón, las águilas rusas y los demás emblemas de los países del globo, al pabellón mexicano, que dominaba en toda la ciudad, desde los suntuosos palacios del centro hasta las humildes casas de los últimos barrios.

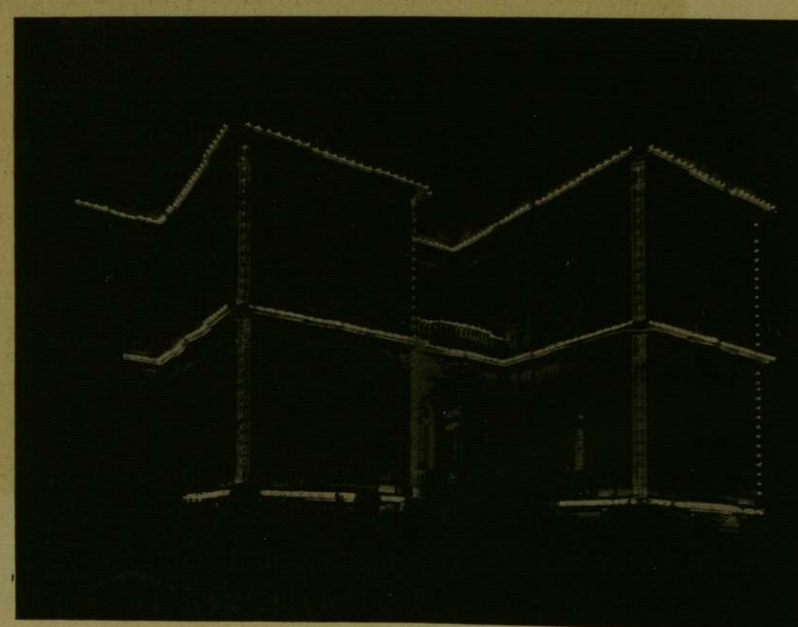
Aparecían á veces colocados sobre el pintoresco fondo de las banderas, los retratos de los principales caudillos de la Independencia, las fechas simbólicas de un siglo de luchas y de gloria: 1810-1910, y las palabras Independencia, Paz, Progreso y, sobre todo, Libertad, el vocablo que significa tanto para los pueblos que algo valen.



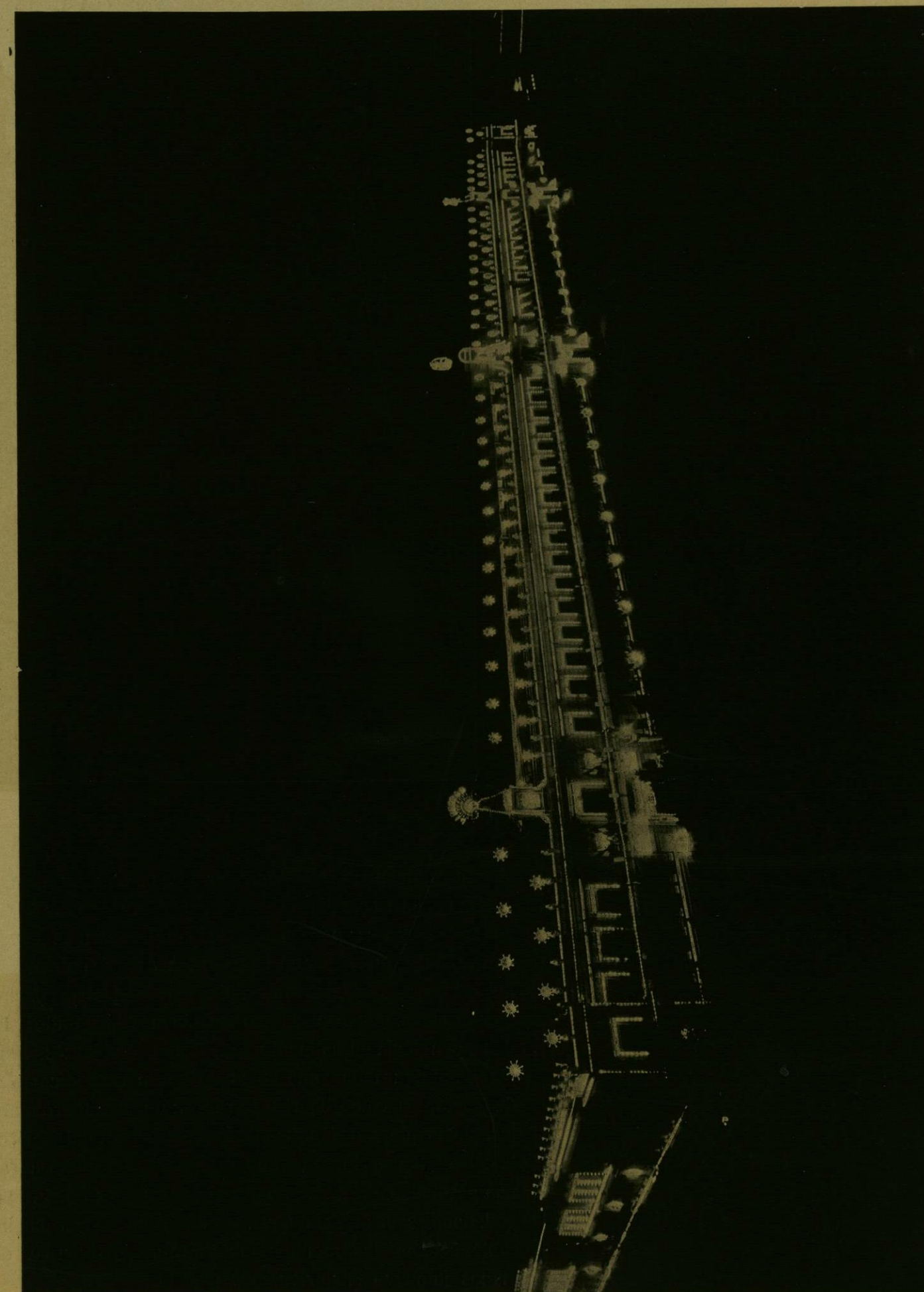
CALLES DEL 5 DE FEBRERO (NORTE A SUR).



CASA PARTICULAR ILUMINADA.

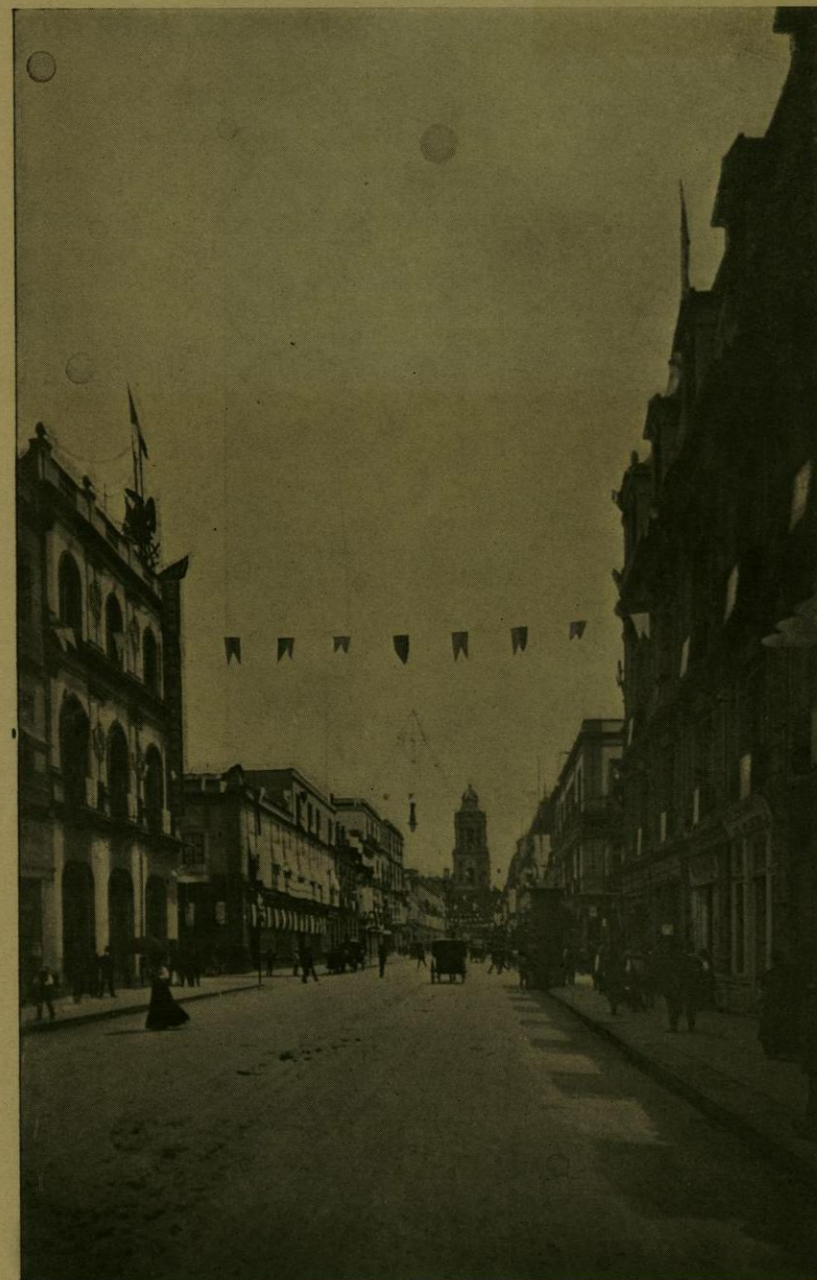


CASA PARTICULAR ILUMINADA.



EL PALACIO NACIONAL ILUMINADO.

La ciudad, normalmente apacible, que en los días corrientes, fuera de algunas calles céntricas, aparece recogida y quieta, principalmente en sus barrios, que todavía evocan la antigua vida colonial, se presentó desde el 1.º de septiembre animada de una existencia jubilosa, como si el amor que encendía todos los corazones se manifestara en el más franco regocijo. De toda la República traían los trenes gente ansiosa de agregar su entusiasmo á la alegría de la ciudad. En las calles, en los hoteles, en las plazas, la muchedumbre se agrupaba ó circulaba densamente y plétórica de vida. Los museos y los establecimientos públicos eran insuficientes para contener á todos sus visitantes. Las reliquias históricas y los monumentos de arte de la ciudad recibieron el homenaje de amor y de admiración que los mexicanos indistintamente conservan en su espíritu para cuanto les habla de Patria y de Belleza, y la vigorosa existencia nacional se hizo igualmente patente ante la gallarda estatua de Cuauhtémoc, que en los salones de Arte de la Academia Nacional, ó ante la vieja campana del templo de Dolores que sintió temblar su bronce al impulso de la mano de Hidalgo, ó ante las



AVENIDA DEL 5 DE MAYO (PONIENTE A ORIENTE).



EL PALACIO NACIONAL ILUMINADO.

elegantes fachadas de los más hermosos edificios de la Capital.

En los barrios alejados del centro, la ornamentación fué menos vistosa y rica; pero la suntuosidad y la abundancia quedaban allí substituídas por un delicado sentimiento patriótico y una noble intención de contribuir al éxito de los festejos nacionales.

Por la noche, el espectáculo era aún más encantador. La ciudad se envolvía en un manto de brocados cintilantes, de pedrerías que fulguraban como collares de esmeraldas, como sartas de diamantes, como hileras de rubíes: un verdadero manto de luz, cuyas inmensas lenguas de fuego ascendían al cielo, cual si la ciudad se consumiera en un vasto incendio ó consagrara en una pira colosal el recuerdo de sus héroes. El corazón de la ciudad, donde se alza la Catedral, se iluminaba con claridad insuperable, como si los hombres hubieran formado con sus débiles manos un nuevo astro rival del sol.

Viniendo de la calzada de la Reforma hacia el centro, se admiraba primeramente el palacio de la Secretaría de Relaciones iluminado de una manera exquisita y original. Con tubos de mercurio, dispuestos y ocultos de tal modo que sólo daban luz hacia



LA AVENIDA DE SAN FRANCISCO ILUMINADA (PONIENTE A ORIENTE).

estatua de la Libertad que remata la magnífica construcción de «La Mexicana,» aparecía envuelta en una brillante aureola. El adorno de la Droguería de Labadie era de arte nuevo. La sedería «El Paje» se hallaba recamada de focos.

En la Plaza de la Constitución, se admiraba en primer lugar la Catedral, visible, por su altura, desde casi todos los puntos de la ciudad, y cuyas líneas de luz seguían todos los detalles de las dos macizas torres y de la cúpula y formaban un palacio de ensueño, sólido como una fortaleza y á la vez ligero, esbelto y dotado de una gracia nueva por la claridad que lo hacía destacarse en el cielo negro; entre las dos torres parecía suspendida en el aire una bandera nacional de tamaño gigantesco, formada de incontables focos. Después se veía el Palacio Nacional, sencillo y majestuoso, fastuosamente iluminado con numerosas estrellas radiantes, y como una joya engastada en el centro, arriba del balcón principal, la campana de Dolores, entre un resplandor ardiente. El Palacio Municipal hacía resaltar la belleza de su arquitectura antigua y la gracia frágil de las columnas retorcidas de su largo corredor.

En la Avenida del 5 de Mayo se distinguían por el buen gusto y la profusión de luz, el edificio de «La Mutua,» el de los Ferrocarriles Nacionales y el de la Compañía Banca-



EL PALACIO MUNICIPAL ILUMINADO.

las paredes del Ministerio, se logró producir un efecto fantástico, que á distancia hacía creer en una construcción forjada con una materia translúcida, fosforescente, hialina, que atravesara una luminosidad vaga y violada; de cerca, aquella luz, que salía rectamente hacia el cielo, rozando las paredes blancas, producía la ilusión de surtidores invisibles que vertieran mágicamente sus chorros luminosos.

A lo largo de la Avenida de San Francisco, se caminaba como entre dos murallas de fuego, y los infinitos foquillos que cruzaban sus guías en las esquinas, formaban arcos con los tres colores de la bandera de México y se extendían sobre los detalles de las fachadas de los edificios, cuyos perfiles recortaban en perfecta claridad.

El edificio de la joyería «La Perla» ostentaba una gran estrella. La

ria. La casa de la Compañía de Luz Eléctrica y Fuerza Motriz, en la esquina de las Avenidas Isabel la Católica y del 5 de Mayo, ostentaba un adorno luminoso, pródigo de colores y rematado por un escudo nacional de grandes proporciones; en el centro de la calle, la misma Compañía hizo colocar numerosos hilos con focos eléctricos, que figuraban un enorme dosel de trono. Desde el fondo de la Avenida, se descubría un nuevo aspecto de la Catedral, de no menor encanto que el primero, visto desde la Plaza de la Constitución.

En otro rumbo de la ciudad, el edificio de Correos, tan admirado por su mérito arquitectónico, fué iluminado de tal modo, que todos los detalles de su construcción se acentuaban con líneas brillantes que parecían de llamas.

El edificio del Consejo Superior de Salubridad, los establecimientos de educación, las casas que hospedaron á los Representantes Extranjeros, todas las instituciones que dependen del Gobierno y numerosas casas particulares fueron iluminados con positiva profusión durante el mes de septiembre; y basta decir, para dar una idea de la cantidad de luz consumida entonces, que se instalaron cerca de millón y medio de bujías eléctricas y que la energía que se gastó durante el mes, sólo en los edificios y establecimientos del Gobierno, ascendió á ciento sesenta y ocho millones

de *watts*, aproximadamente.

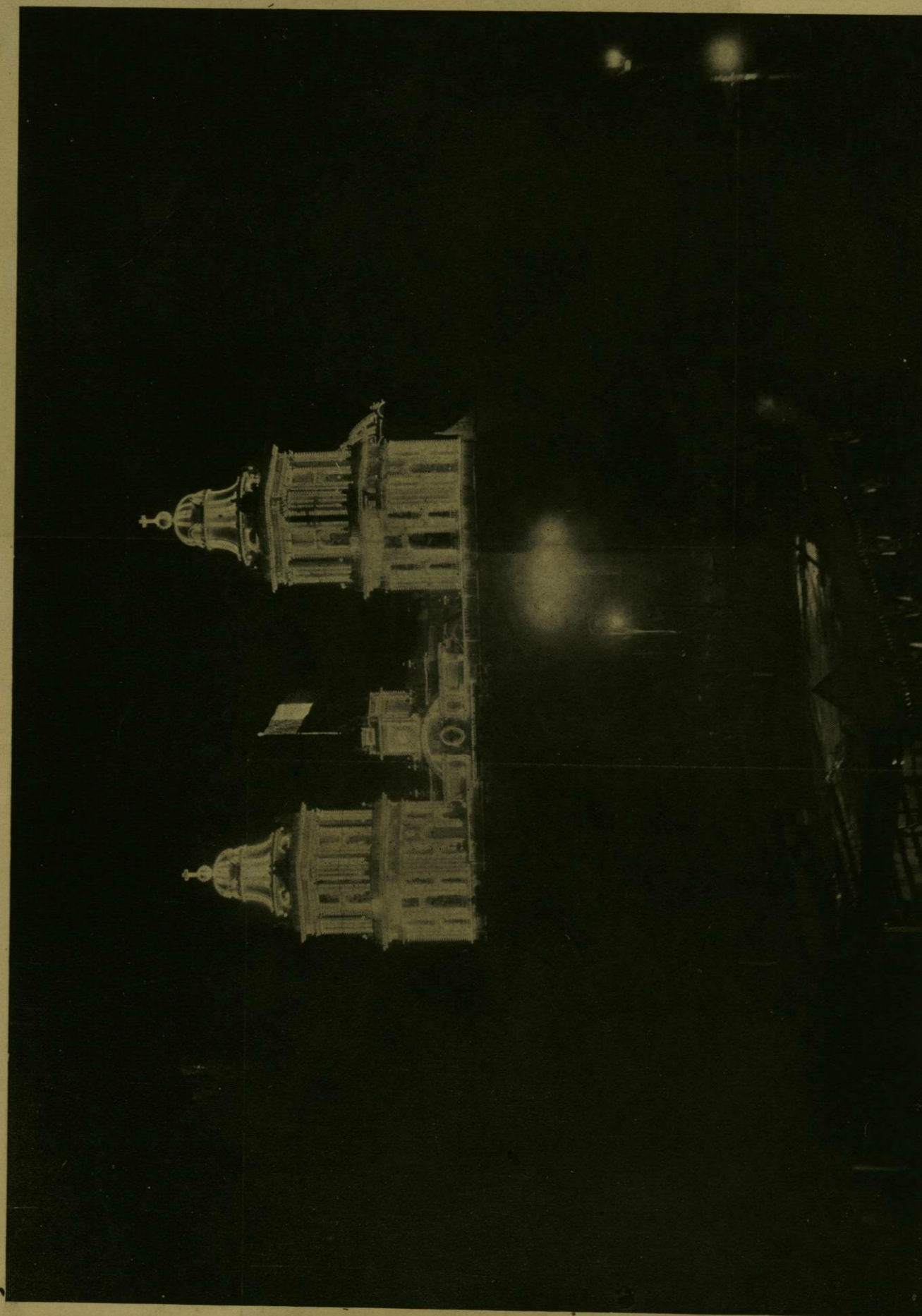
Esa iluminación de las avenidas, de las calles y de los edificios fué, el 15 de septiembre, más espléndida que nunca. La claridad difundida era tanta, el derroche de luz asumió tales proporciones, que México se antojaba una ciudad formada con infinitas llamas. Desde las residencias ubicadas en las poblaciones que rodean la Capital, se percibían gigantesco fulgores que iluminaban el cielo con un resplandor de colosal incendio: era que las lámparas de arco y las incandescentes, multiplicadas en fastuosa profusión sobre las vías públicas, fachadas, azoteas y torres, proyectaban sus deslumbrantes destellos hasta el firmamento. La irradiación era tal, que al surgir sus ráfagas del fondo negro de la noche, semejaban el despertar de una aurora; y no sólo esplendía la luz con toda su intensidad y difundía



LA AVENIDA DEL 5 DE MAYO ILUMINADA (ORIENTE A PONIENTE).



LA EMBAJADA ESPECIAL NORTEAMERICANA ILUMINADA.



LA CATEDRAL ILUMINADA.

sus rayos por dondequiera, sino que derramaba su polvo de fuego en múltiples coloraciones y brillaba con todos sus tonos sobre la obscuridad que cubría nuestro dilatado Valle.

La red espaciosa que forman las avenidas y calles de la ciudad, la ornamentación de los edificios públicos y privados, la coquetería de las construcciones modernas, la austeridad arquitectónica de las antiguas mansiones coloniales, la grandeza y majestad de los monumentos patrios, todo se destacaba con lineamientos ígneos del marco sombrío del espacio y formaba un panorama de extraordinario encanto.

Este hermoso teatro, donde había venido desarrollándose la serie de festividades cívicas nacionales del Centenario, sobrepasó en belleza y esplendor á todo lo previsto, para dar lugar á la más original é impresionante de aquéllas, ó sea la que conmemoró expresamente el grito de Independencia dado por Hidalgo en Dolores, la madrugada del día 16 de septiembre de 1810. Sin que sepamos á punto cierto el motivo, esta conmemoración se ha efectuado, desde hace muy largos años, á las once de la noche del 15 de cada septiembre.

No existe una sola población en todo el vasto territorio mexicano en donde, año por año, no se verifique tal acto patriótico y significativo, que no es otra cosa que el himno de todos los labios y la plegaria de todas las almas por la libertad y la independencia de la patria.

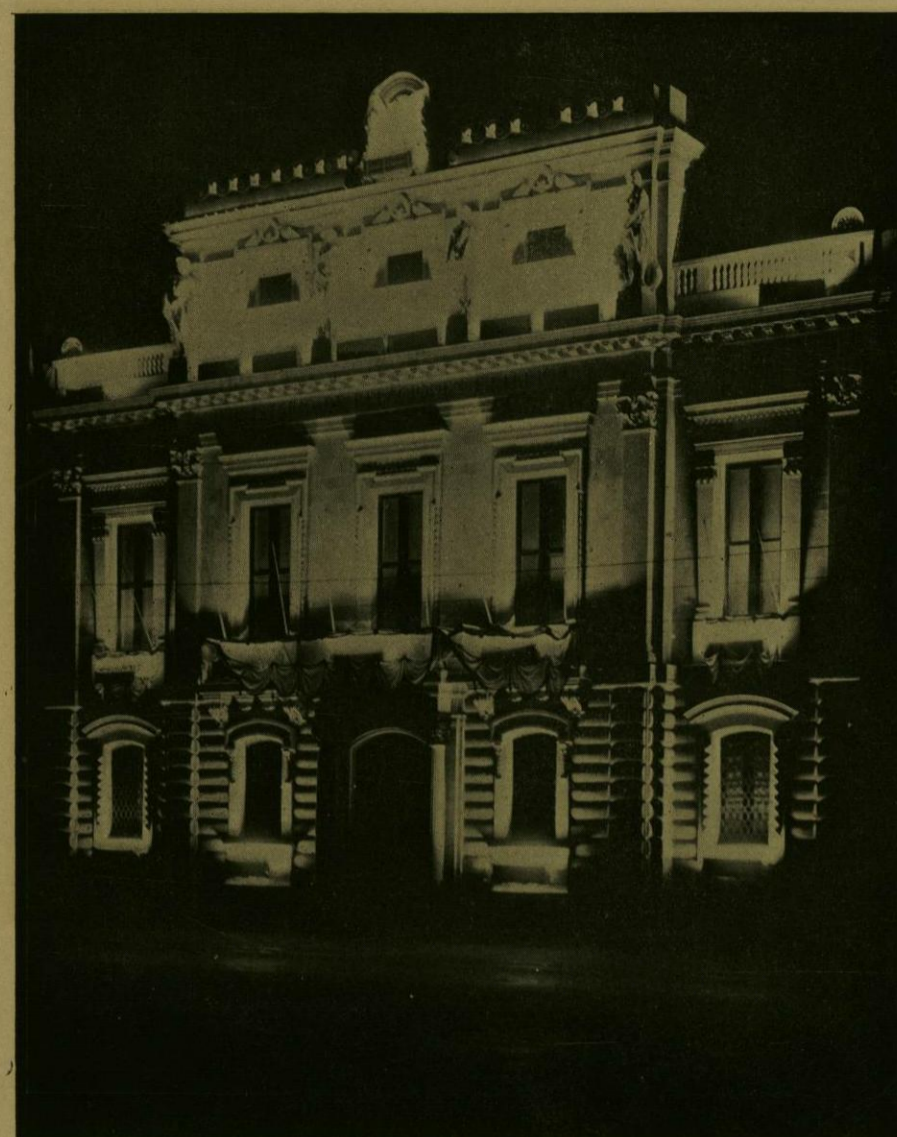
La ceremonia no necesita, para ser grande, esplendores de ornato ni magnificencias de lujo; tiene majestad propia, porque es eminentemente popular y porque su hermosura y su excelencia estriban en su misma sencillez. En presencia del pueblo, la voz más autorizada en cada lugar victorea á la patria y á sus glorias é instituciones, y ese grito es repetido unánimemente y confirmado de una manera plena por las voces de todos los ciudadanos presentes. De este modo, el mismo día, á igual hora y en idéntico acto, se ofrenda á la patria las bendiciones de todos sus hijos, amantes de la libertad y custodios de la independencia, y ese voto colectivo, exter-



EL EDIFICIO DE CORREOS ILUMINADO.



LA AVENIDA JUAREZ ILUMINADA (PONIENTE A ORIENTE).



LA SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES ILUMINADA.

hogares para recorrer las calles y avenidas; en aquel cuadro, que convertía á México en una enorme asca de oro, se notaba desde luego la palpación de la vida, el regocijo seductor de la alegría, el hálito caliente de la juventud, agitándose en las ondas del mar popular que, sonoro y movedizo, iba inundando rápidamente las venas y las arterias de la ciudad. Había movimiento y animación en todas partes: en los parajes habitualmente concurridos, en los establecimientos mercantiles, en los centros de solaz y reunión, en las plazas y plazuelas de los barrios. La corriente general del público convergía de la periferia al centro; pero no por esto el tráfico de peatones, carruajes y tranvías dejaba de ser considerable en todos los rumbos. Llenaban el aire el estrépito formado por los vehícu-



LA AVENIDA DE SAN FRANCISCO ILUMINADA (PONIENTE A ORIENTE).

nado con el mayor júbilo, dictado por la costumbre y consagrado por la tradición, es la nota más significativa y trascendente de los regocijos nacionales, la primera y más simbólica de nuestras solemnidades.

Durante el mes del Centenario, la ceremonia debía tener importancia capital, ya que lo que en aquellos días se conmemoraba, era precisamente el grito de libertad dado por Hidalgo, cuyo aniversario constituía ya por ley la primera de nuestras fiestas nacionales y cuyo centenario tenía que acrecer en grado sumo su significación para los mexicanos.

Celébrase «el Grito» de manera igual en todas partes, salvo detalles de lugar y de forma, según el punto en que se verifica. En México toma un relieve mayor por tratarse de la primera ciudad de la República y porque está presidido por el Primer Magistrado de la Nación, quien, al pronunciar las palabras consagradas, hace sonar la campana que sirvió al Padre Hidalgo para convocar á los primeros insurgentes y que se halla hoy arriba del balcón central del Palacio Nacional, en donde sólo suena una vez al año, tocada por la mano del Presidente de la República.

«El Grito», que simboliza el clamor de un pueblo por su emancipación, la lucha tremenda que dió vida á la patria, es la parte esencial de todas las festividades; y por eso el pueblo puso en ella todo su entusiasmo, la noche luminosa y resonante en que su libertad cumplió cien años.

Impulsada por noble entusiasmo y atraída por tal fiesta de luz y de color, la multitud jovial y entusiasta dejó los